

CAPITULO 11

“Debes ser indulgente” le advirtió. Había forrado el cuaderno con papel de estraza, empeñada en disimular sus características. Él se sorprendió de la secreta creatividad de la joven, mientras preparaba el té y se aprontaban a departir el brebaje en el saloncito.

—Adelante con tu creación.

Alondra luego de toser, arrellanarse al sillón y aproximar el cuaderno a la luz de la lámpara de keroseno, inició la lectura de “Soñar en el café”.

A cualquiera sorprende que una chica de parecida belleza a la luna o a las estrellas —si usted prefiere— se nos aproxima en la calle a pedir dinero.

—Señor, ¿me prestaría usted unas monedas para servirme un café?

Al comienzo, supuse que me conocía y deseaba bromear. Extraño en un país donde escasea el humor y nos olvidamos sonreír. La observé en detalle para analizarla, movido por la costumbre del husmeador, pero debido a su belleza alejada de artificios, uno cree conocerla.

—Su petición señorita, la juzgo una travesura. Preferiría, en cambio, invitarla al café donde a menudo concurre. La opción me parece la adecuada.

—Por favor, caballero. No piense que sea la fastidiosa dedicada a recorrer las calles, engatusando a la gente.

—Evitemos explicaciones, señorita, las cuales juzgo valederas. Insisto. Vayamos al café del cual le hablo.

—Si he interrumpido su caminata, se debe al deseo de beber café a esta hora, cuando el calor abruma. Acabo de revisar mi cartera y horripilada, descubro que no dispongo de un céntimo. Ni siquiera una moneda para darle a un mendigo o arrojar a una fuente y pedir un deseo.

—A mí me ha sucedido lo mismo en más de una ocasión. El olvido tiene el embrujo de la sorpresa y ahora, lo compruebo.

—Mi propósito, señor, es regresarle el dinero, después de ir a buscarlo a mi apartamento. No soy pordiosera, ni quien se dedica a cazar hombres en la calle. Cuán lejos están de mí esas prácticas.

—Sus explicaciones, señorita, hacen pensar que usted se siente abrumada.

—Créame. Siento vergüenza por mi actitud. En un momento, pensé pedirle dinero a una mujer que paseaba a un perrito, sin embargo, lo juzgué inoportuno. No tenía la magia

de atreverse con un hombre de su edad.

—Pienso que usted señorita, quiere provocarme y lo veo como un asunto halagador.

—Algo hay de verdad. Al observar su manera de caminar, de quien parece desconocer hacia dónde se dirige, me pareció el candidato adecuado.

—Vaya sorpresa. Amo la vida, ahora más que nunca y usted me ha inspeccionado sin rodeos, aun cuando me conoce apenas.

—Le insisto. ¿Me puede facilitar dinero para servirme un café?

—Y yo respondo: ¿Me acompañaría a ese café del cual le hablo?

—De acuerdo. No dispongo de otra alternativa.

Arribamos al café a la hora de mayor afluencia de público. Justo se desocupaba una mesa, y nos apresuramos a ocuparla, casi pasando por encima de una pareja que entraba. De inmediato, sentí el peso de la mirada de quienes permanecían en el local. La envidia de ver a una chica dotada de atributos de diosa, en compañía de quien la triplica en edad.

Mientras esperábamos ser atendidos, surgió entre ambos, la siguiente conversación.

—Es justo saber su nombre, señorita, si en los próximos

minutos vamos a compartir un café.

—Me llamo Casandra y me seduce mi nombre. No cualquiera se llama así.

—Si no me equivoco, significa: la que enreda a los hombres.

—Vaya sorpresa. Así es, pero estoy lejos de actuar de ese modo. Compruebo que sabe de mitología. ¿Y cómo se llama usted?

—Agamenón y no estoy de bromas.

—De no creerlo. En la mitología griega, Casandra es entregada en calidad de concubina al Onfrey Agamenón.

—Usted lo ha dicho, querida amiga. La historia nos une en este día de sorpresas.

—Jamás sospeché tanta coincidencia con nuestros nombres.

—Ahora, Casandra, me gustaría saber a qué se dedica. Disculpe mi curiosidad. Algo me hace pensar que usted es bailarina de ballet o una musa que se ha extraviado.

—Me hacen sonreír sus ocurrencias. Ser musa a cualquiera seduce, al verlo como un alago poético. Soy actriz y desde hace meses no actúo, por falta de oportunidad, aunque jamás se deja de actuar en la vida. Deambulo por las calles, mientras busco a quien prometió obsequiarme la más luminosa

de las estrellas del firmamento. Desapareció una tarde como ésta.

—Lo suyo es una historia para extasiar. No me sorprende su relato, querida Casandra, en un mundo donde la fidelidad se ha desvanecido de nuestra vida.

—Cada tarde frecuento distintos sitios de la ciudad, deseosa de encontrar a esa persona, vagando por la costanera o sentada en un banco de la plaza Isidora Aguirre, donde una tarde de invierno, nos vimos por última vez.

En ese momento aparecía el mozo a tomar el pedido.

—¿Sabe Casandra? A mí también me gustaría tener una estrella. De niño, me tendía en la cama y por la ventana, podía observarlas. Después de la lluvia, salía a recorrer el jardín, por si alguna hubiese caído del cielo.

—Lo entiendo, Agamenón. En una época yo quería tener la luna.

—Usted ha hablado de la luna y conmueve su referencia.